



SEMANARIO POPULAR.

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 30.

JUEVES 22 DE SETIEMBRE DE 1864.

Los números del año forman un tomo de más de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.

Se vende en los puntos de suscripción.

Tomo III.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 15.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO, un año 50 rs.

SUMARIO.

CONGRESO EUROPEO DE VIAJES Y DESCUBRIMIENTOS CIENTÍFICOS, por Augusto Jerez Perchet.—LOS AMORES DE UN PINTOR: (Continuación), por Francisco de P. Entrala.—DON JUAN II.—ACTORES CÉLEBRES: Lekain, por L.—LA PIEDRA FILOSOFAL, por Aureliano Ruiz.—ASIA: recuerdos de viaje, por A.—EL COCO: traducción de Paul de Kock, por Francisco Figueras.—LA VERDAD, por Manuel Valcárcel.—MADRID AL VUELO, por Roberto.—GLORIA Y AMOR: (notas de melancolía), por Aureliano Ruiz.

CONGRESO EUROPEO

DE VIAJES Y DESCUBRIMIENTOS CIENTÍFICOS.

Cuando el mundo civilizado marcha á pasos gigantes en busca de horizontes que ensanchen el círculo de sus conocimientos y aumenten su ilustración y su felicidad; cuando sigue la senda del progreso sin retroceder y avanza, avanza en su camino de gloria; mientras esto sucede, vemos olvidado un punto, quizá el primero que conviene á la civilización de los pueblos; los descubrimientos.

Chateaubriand ha dicho que *los viajes son una de las fuentes de la historia*; y si examinamos la decada pueblo, nos convenceremos de esta verdad.

Moisés, el primer sabio del mundo, es el primer viajero. El conduce su pueblo errante al través de los campos de Canaan, y en sus libros pinta las costumbres de aquellos pastores cuyos descendientes poblaron la Europa.

Homero en la *Odisea* canta sus viajes y supone á la tierra como una isla inmensa.

Herodoto, profundo historiador, describe los usos de los pueblos que visita.

Platon, ilustre filósofo, habla de la *Atlántida*.

Hiparco, el astrónomo, sueña el mundo que estaba reservado á Colon.

Los romanos penetran en Europa, y Julio César estiendo las conquistas de Roma.

Llegamos al siglo XI. A los descubrimientos antiguos suceden otros descubrimientos y otras conquistas.

Pedro el ermitaño, predica la primera cruzada. Miles de caballeros corren á rescatar el sepulcro del Redentor y empieza la guerra santa, magnífica epopeya del cristianismo.

Sobre las costas de Palestina desembarcan los guerreros.

A su paso por el Oriente pensaban derramar la luz del progreso; pero encuentran adelantos que estudiar, y estudian para sembrar mas tarde los gérmenes de una civilización que debia fructificar en siglos posteriores.

Antes de las cruzadas, algunos viajeros árabes habian hecho nuevas exploraciones en las Indias y en Africa. En el siglo VIII visitan la China. La India se presenta á sus miradas, y la descripción de sus valles encantados trae á la memoria los cuentos de las *Mil y una noches*.

Al mismo tiempo se verificaban otros descubrimientos en las pálidas regiones del Norte de Europa.

Entre tanto, los portugueses en Africa, encuentran las Azores y doblan el cabo de las Tormentas.

Avanzando siempre, llegamos á la época de Cristóbal Colon.

El intrépido genovés cruza un mar sin límites en mezuinas carabelas. La América surge ante sus naves: la teoría de la tierra quedó fijada.

Pasados los siglos en que los descubrimientos constituian un triunfo glorioso, hoy nadie se acuerda de esos viajes que siempre han traído una nueva luz á las naciones.

A la época de las cruzadas, á las exploraciones de gran número de viajeros que arribaron á países desconocidos por legar á su patria una página de gloria, ha sustituido una época de quietud que contrasta con los elementos de

que hoy dispone el hombre civilizado para acometer las mas atrevidas empresas.

Si el camino de las Américas perdió su misterio y su soledad; si el Grande Océano está visitado por innumerables buques que sin temor cruzan sus aguas; si las encantadas ciudades de la China han abierto sus puertas al extranjero; si los desiertos de Palestina se presentan como hospitalarios y pacíficos; si en los viajes antes peligrosos y aun temerarios la seguridad personal se halla garantida, falta mucho para concluir la obra. El misterio de lo desconocido existe todavía.

El interior del Africa no está explorado completamente; y la Oceanía, el país del coral, de la canela, del clavo y de otros mil ricos productos, es ignorado casi en totalidad.

¿Por qué hoy que se forman congresos europeos que se estrechan mas y mas los vínculos amistosos de las soberanos, que las relaciones de comercio se enlazan y multiplican, por qué los pueblos de Europa no se unen para constituir una sociedad de sabios y personas distinguidas que subvencionada por los gobiernos haga viajes exploradores y científicos á los países que desconocemos?

¡Qué gloria para Europa derramar la luz, la religion, la industria y el comercio, beneficios que unidos todos vienen á formar la verdadera civilización, base de la sociedad y de la perfectibilidad humanas!

Los gastos de semejante empresa no serian muy considerables, atendiendo á que se repartian entre las naciones que constituyeran esta alianza; y de todos modos las ventajas que reportasen escenderian con mucho á los sacrificios de la obra.

Creemos un deber llamar la atención del gobierno, de los cuerpos colegisladores y de la prensa, no solo de España sino de la Europa entera, suplicándole haga suyo, si en algo vale, el pensamiento que modestamente iniciamos.

AUGUSTO JEREZ PERCHET.

LOS AMORES DE UN PINTOR.

(CONTINUACION.)

Eduardo fijó sus hermosos ojos en los de Laura, que á su vez le contemplaba, y en ellos brillaron miradas lúcidas, ardientes, apasionadas, de esas que revelan todos los secretos del corazón, toda una vida de largos y continuados sufrimientos; de esas en que parecen exhalar las almas de los que se aman columpiándose en el infinito sobre las sonrosadas nubes de la esperanza y del amor... Entonces Laura, como la maga de los sueños, se acercó lentamente á Eduardo con el semblante iluminado por los melancólicos rayos de la luna, le tendió su mano blanca y suave, que el pintor estrechó entre las suyas con respetuoso frenesí. Parecía-le que un fluido magnético discurría por sus venas, que su cabeza estaba envuelta en un velo de fuego, cuyos destellos penetraban hasta su corazón. En aquel instante el viento agitó levemente las descarnadas ramas de los sauces y de los tilos, que parecían en las sombras negros esqueletos reclinándose sobre el helado mármol de las tumbas; una nube sombría se estendió bajo la luna cual mortuorio crespon, y ambos amantes cayeron de rodillas con las manos entrelazadas, é inclinando la frente... creyeron escuchar una voz que llegaba hasta sus oídos dulce, vaga, indefinible, como el murmullo del aura sobre las flores, ó el cántico de los pájaros en la soledad de los bosques, y que les decía...

«Mirad, mirad, ni la luna pálida y serena deja de encontrar negras nubes que oscurezcan por un momento su luz, para que luego aparezca mas pura y resplandeciente bajo el azul de los cielos. Si el sufrimiento es el velo que se interpone á vuestra felicidad, no os importe... seguid por la senda de la honradez y de la virtud, y tal vez aquella se presente un día serena y sonrosada como una aureola de paz. Vuestra madre os bendice desde el cielo... el llanto que derramais sobre su losa evapórase y asciende hasta ella con el perfume de las flores que consagrais á su memoria...»

En este momento sintieron ruido sobre las hojas y se levantaron.

Era el guarda que les avisaba hallarse á la puerta un carruaje.

¡Tan pronto! dijo Eduardo, á quien parecían contadas las horas que pasaba al lado de Laura.

—Eduardo, no se olvide usted de mí, no me abandone usted.

—Mañana tendrá usted el retrato de su madre.

—Por Dios no se comprometa usted.

—No.

—Júremelo usted.

—Le juro á usted que nada haré sin que la razón y la justicia me acompañe...

—Pero eso...

—Es lo que puede prometer un artista honrado.

Laura se enjugó una lágrima, salió del cementerio seguida de Eduardo y subió al carruaje.

—¡Adios, Eduardo!...

—¡Adios, Laura de mi vida!... dijo estrechando la mano que aquella le tendía.

—Hasta mañana...

—¡O hasta la eternidad! murmuró Eduardo con sombrío acento, mientras se alejaba la berlina.

¡Cuán triste y embarazosa era la posición de nuestro honrado pintor! ¿Cómo buscar á Enrique? Eso no era difícil, porque él le había seguido la pista y sabía todas sus guaridas... Pero dado caso de que lo encontrase, ¿quién lo facultaba, ni qué derecho le asistía para reclamar de su marido un objeto de su esposa sin que la sociedad sospechase? Esta era la gran barrera que se oponía á la realización de todos sus proyectos. Por esto se había visto obligado á arrancarse él mismo su corazón, porque Laura podía decirse que lo era, para

depositarlo en manos del verdugo de su honra. Por ella se veía obligado á rehusar la venganza mas terrible, pues si bien en su alma grande y generosa no tenían cabida sentimientos que no lo fuesen también, momentos hubo en que la deseó.

Fácil le hubiera sido desembarazarse de aquel hombre que era su sombra de muerte, por medio de un duelo, puesto que Eduardo era diestro en el manejo de todas armas; pero esto, casualmente, como habia dicho antes, seria el abismo donde su felicidad se hundiese para siempre... Y el que absorbido por el amor de Laura así conservaba un resto de esperanza, luchaba entre ella y la muerte del baron. Si le matase, decía, su sangre será el inmenso lago que nos separe para siempre; tendré que olvidarla! y eso es imposible! Si yo muero, ¿qué será de tí, Laura de mi alma! ¿Qué de tí, pobre, madre mia, que vives en el mundo sin otro apoyo que tu hijo!...

Comprende, pues, la verdadera posición de Eduardo, y dime ¿qué harías en su lugar?... ¿Vacilas? ¿Dudas que sea tanta la abnegación del hombre? Pues bien, colócate en su situación, piensa, siente por él y decide. Tengo esperanzas de que si tu juicio es recto, tu corazón noble, tu alma grande, tan grande como la suya, no te apartará un ápice de su camino... Veamos si no.

Estas ó parecidas ideas cruzaron por la imaginación de Eduardo, y como si deseara desembarazarse de un pensamiento fúnebre que le atormentaba, sacudió su cabeza y tomó á buen paso hácia Madrid. Llegó á su casa, permaneció al lado de su madre hasta dejarla dormida que sería á las doce ó doce y media de la noche, hora en que andando de puntillas con una luz en su diestra y poniendo la otra por cima de sus ojos á guisa de pantalla salió de su estancia, atravesó su pasillo, entró en su estudio, y acercándose á una caja de concha, abrióla sin mover ruido, sacó algunas monedas y billetes que guardó en su bolsillo, y despues de besar un retrato de mujer repetidas veces y una carta que en ella habia, cerróla de nuevo, y salió á la calle...

Una vez en ella, se embozó bien en su capa, y con paso rápido cruzó la Red de San Luis, calle de la Montera, Puerta del Sol y calle de Carretas, de Barrio Nuevo y plazuela del Progreso, internándose luego en el laberinto de solitarias calles y travesías contiguas á la de Toledo. Se detuvo ante una casilla de aspecto pobre y miserable, é hizo sonar una sola vez el pequeño aldabon de su mezquina puerta...

—¡Ay Laura, murmuraba ínterin le abrian; si supieras cuán miserable es esto y el sacrificio que hago en entrar... pero no importa si evito una lágrima á tus ojos y un ay á tu corazón.

—¿Quién es? preguntaron desde dentro con voz vinosa y estentórea.

—Yo, dijo Eduardo, casi con aversión y repugnancia.

—Pero sepamos.

—El desconocido...

—¡Ah! mi buen parroquiano nuevo pero puntual, adelante, dijo un hombre rechoncho, mofletudo y colorado, que con una luz en la mano abría la puerta de par en par.

—¿Están todos? preguntó Eduardo sin descubrir el rostro.

—Mismamente, señor..

Eduardo no contestó palabra, y precedido del otro, trepó con extraordinaria agilidad por una escalerilla mugrieta, angosta y baja de techo que parecia interminable.

—Adelante, dijo el hombre, recibiendo una moneda de manos del pintor...

Aquel empujó una puerta, y éste se encontró en una sala pobre y demugrientas paredes, en cuyo centro se alzaba una mesa cubierta con un tapete de bayeta verde, monedas, barajas, y rodeada por seis ú ocho hombres de aspecto sombrío y mala catadura.

Todo esto se veía á la luz de una vela de sebo y dos candiles de hierro, cuyos moribundos destellos caían sobre los pálidos y descar-

nados semblantes de los parroquianos, y prestaban á aquellas empolvadas paredes cierto tinte mustio y melancólico que infundía miedo á primera vista.

Nadie fijó su atención en Eduardo, que sin descubrir el rostro y silencioso, fué á colocarse en el ángulo mas oscuro y detrás de un grupo cuya vida parecia depender de la temblorosa mano del banquero. Porque allí se jugaba y se jugaba *al monte*.

Eduardo inspeccionó y observó con su vista toda las fisonomías, y la detuvo al fin en uno de barba espesa y cabellera rubia, rostro enjuto, amarillo y contraído, ojos azules marcados de grandes ojeras, y que brillaban con el último resplandor de la vida... Aunque su traje era pobre, casi harapiento, en los ademanes, en los movimientos de aquel hombre gastado por las pasiones, se revelaba cierta distinción aristocrática, que parecia envolver tristes y dolorosos recuerdos.

—¡Es él! murmuró Eduardo mordiéndose los labios bajo el embozo de su capa.

—Te repito que esta noche la consigo, decía un jóven al oído de otro.

—Eso me estás diciendo desde la tarde que la vimos en el Prado.

—Advierte que ella es inexorable.

—Y virtuosa...

—Si las hay... ¡seguramente se lleva la palma!

—No profanes su recuerdo en este miserable garito.

—Calla, que si nos oyen vamos á salir por la ventana...

—¿Tienes miedo?...

—¡Miedo! Ya sabes que de un pistoletazo me quito un alfiler de la punta de la bota.

—Pero como no se trata de un duelo.

—En ese caso los derribaría á puñetazos por la escalera.

—¿Es igual?

—Hablando de otra cosa, ¿no es verdad que aquel hombre mira al baron de un modo particular?

—¿Cuál?

—El de la capa; ¿lo conoces?

—Cómo, si en tres noches que le veo no se ha descubierto el rostro.

—Pues si me empeño...

—No seas tonto, Alfredo...

—Lo dicho... me fastidia y voy á...

—Calla; ¿qué medalla es esa que el «señor baron tronado» tira en este instante sobre la mesa?

—¡Como mira el desconocido!

—¿Apuestas á que tenemos aventuras?...

—Hasta que te gane la primera...

—¿Aun piensas en las ocho onzas?

—Como tú en las veinte y cinco.

—Y te las ganará.

—Te engañas, pero veamos.

—Es retrato de mujer.

—¿Tendremos el segundo estudiante de Salamanca en campaña?

—¡Quién sabe! es chistoso ¡ja ja ja!

—¡Chist, calla!

—Señores, dijo Enrique, se vende esa joya, sin el retrato.

—Hermosos brillantes...

—No son malos.

—Pedid, interrumpió el llamado Alfredo, tomando en su mano la medalla.

—¡Diez mil reales!

—¿Es de legítima procedencia? preguntó el embozado recalando una á una sus palabras.

—Seguramente, tartamudeó el baron pali-diciendo.

Entre tanto Alfredo y su amigo miraban el retrato con sorpresa y hablaban á media voz...

—Es ella.

—No cabe duda.

—Aparenta mas edad.

—Pero sus facciones...

—Son idénticas.

—Lo adquiriré aunque me cueste doble.

—¿Y para qué?

—¡Quién sabe si el retrato será la base de la conquista!—Veamos, caballero, soy algo

aficionado á la pintura, y el colorido de esta miniatura no me disgusta; le compro á usted la joya tal como está en quinientos veinte y cinco duros.

—Algo mas vale ese retrato.

—¿Es de vuestra... mujer?

—Ó de mi querida.

—Lo mismo da.

—Infames, murmuró Eduardo, no sé si tendré fuerza para contenerme; y luego continuó en alta voz dirigiéndose al baron.—Yó le doy á usted once mil reales, pero antes desearía saber si ha muerto el original.

—Eso no importa, dijo Enrique vacilando.

—¡Vaya! ¡y tanto! ¿No temería usted que en nombre de la difunta se lo arrancara de la mano y le escupiese á la cara?

—¡Eso, jamás!

—Hagamos trato y dejémonos de cuestiones, dijo Alfredo sacando algunos billetes; seiscientos duros y es mia la alhaja.

El baron quedó reflexionando como si un pensamiento de muerte le absorbiese, ó temiese hallar en el hombre de la capa el aparecido de marras.

—Sea, dijo al fin, encogiéndose de hombros y recogiendo unos papeles que Alfredo le presentaba.

—Eduardo guardó silencio.

Todos hicieron lo mismo, y bien pronto el ruido de las monedas y la respiracion agitada de los tabures era lo único que le interrumpia.

Al cabo de dos horas, Enrique tiró el último billete sobre la mesa.

—Dos figuras fueron el primer albur.

—«A la sota.»

—¿Dentro ó fuera?

—Dentro.

—A la tercera carta, el banquero sacó el caballo de oros.

—Estoy perdido, balbuceó Enrique rechinando los dientes y mordiéndose desesperadamente las uñas.

Alfredo, que notó este movimiento, se pasó ligeramente al lado del baron.

—Perdió usted, le dijo al oido.

—¡Todo!

—Caballero, entre camaradas no hay bolsillo propio; tome usted.

Y le alargó algunas monedas.

—Las tomo á condicion de devolverlas.

—Bien, como usted quiera.

—De todos modos le agradezco á usted esta confianza que hace á un desconocido, «porque usted no me conocerá, eh.»

—Hasta ahora no he tenido el gusto, dijo Alfredo volviendo la cara para no reirse en sus barbas; y esplíqueme usted, caballero; ¿la dama del retrato es su querida de usted?

—No me toca nada, es una pobre vecina.

—¿Pobre? pues no lo demuestra.

—Sí, pobre, porque ha tenido la debilidad de enamorarse de mí, y de entregarme esa joya á la hora de su muerte.

—¡Ah, luego ha muerto!

—Sí, murió dejando una hija que vive conmigo, aquí tengo la llave de su cuarto.

—¿Y no tiene usted interés?...

—¡Ca! ¿quién se cuida en el día de una querida, teniendo tantas en qué pensar?

—Habría infame, y lo niega, pensó Alfredo; pues amigo mio, si se parece á su madre...

—Como una gota de agua á otra gota.

—Entonces no se ofenda usted, pero es encantadora; yo en su lugar de usted daría por ella...

—¿Cuánto? murmuró el baron, dejando escapar de sus ojos un relámpago de aquella ambicion que le devoraba.

—¡Cualquier cosa! es decir; cuanto tuviera.

—¿Cuanto usted tuviera?

—En el bolsillo, caballero.

—Pues yo le apostaría á usted doble contra sencillo á que no la conquistaba.

—¿Que no? ¿Usted lo consiente?

—Segun y conforme.

—Veinte mil reales le doy á usted en este momento y otros á mi vuelta si no la consigo,

siempre y cuando que usted me dé la llave y su permiso.

Durante este diálogo el baron habia perdido todas sus monedas, sin apercibirse tampoco de que el embozado les escuchaba detrás.

—Aceptado, dijo al fin el baron con voz trémula y ronca.

—Dentro de dos horas soy con usted.

Alfredo entregó los billetes á Enrique, cuyas manos temblaron á su contacto.

—¿Su nombre?

—Laura.

En aquel momento Alfredo se precipitaba á la calle cantando victoria.

El baron se preparaba á hacer su puesta cuando sintió que una mano robusta y vigorosa le asía la muñeca, y una voz no desconocida para él murmuraba: «Calle usted ó le mato.»

Enrique, que por su mismo delito era cobarde, se abstuvo de gritar y siguió á Eduardo que con la fuerza de un gigante le arrastraba por la escalera.

Ya en la calle y á la luz de la luna, el pintor se echó atrás el embozo de la capa y dejó al baron en libertad.

—¡Ah! ¡ah! gritó Enrique lleno de espanto y de sorpresa.

—¿Me conoce usted!

—Sí, murmuró aquel con voz ahogada.

—Es usted un miserable, un infame.

—¡Soy!...

—¡Un ladron!

—¡Por caridad!

—Es usted indigno de que se le tenga, y sin embargo, las circunstancias hacen que respete su vida de usted como la mia; pero Dios es justo y tarde ó temprano castiga el crimen.

—¡Por favor!

—¡Tenga usted pecho! ¡El hombre que roba la honra de una inocente, el que profana la memoria de un cadáver... el que arranca á una desventurada criatura el último recuerdo de su madre ante su mismo sepulcro!!! ¡el que vende á su propia mujer!...

—¿Y usted sabe?...

—¡Todo, señor baron!

—¡Oh! ¡por piedad! que no escuchen ese nombre.

—Si su padre de usted levantara la cabeza, ¿qué diría de su hijo? Le maldeciría y le rechazaría de su lado.

—¡Ay, quién es usted que así me desgarras el corazón!

—¡Corazon! ¿quién le ha dicho á usted que lo tenga? Si lo tuviera usted, en este momento la tierra se abriría á sus pies, la voz de su padre resonaría en el fondo de su alma y su frente se inclinaría avergonzada!

Al escuchar estas palabras, pareció al baron que era su padre quien le hablaba por boca de aquel hombre misterioso para él, sintió que la sangre se agolpaba á sus sienes y falto de sentido cayó desplomado contra el suelo.

—Dios te dé lo que te convenga, dijo Eduardo, y marchó precipitadamente á casa de Laura.

XIII.

Apenas llegó á la puerta, observó que un hombre se paseaba por la acera mirando á los balcones como si titubease en entrar, y que pasados algunos minutos se acercó y puso una llave en la cerradura.

—Caballero.

—¿Quién llama?

—¿Sería usted tan amable que me dijese si es el mismo que há poco habia en cierta casa de juego?...

—¿Y lo sería usted tanto que dijese con qué motivo ó fundamento me lo pregunta?

—Es muy justo.

—Pues sepamos.

Alfredo, que él era en efecto, guardóse de nuevo la llave y se dispuso á escuchar.

—Sé que tiene usted un retrato que ha sido robado y vengo á que usted me lo devuelva por su importe.

—¿De veras?

—Sé que por mil duros se le ha franqueado á usted la puerta de esta casa, y vengo á abonárselos para que no se moleste, porque el honor de quien la habita... no se vende...

—¡Es chistoso!

—Sé que usted es un caballero, y que por lo tanto me hará usted este señalado favor.

—Pues bien; yo le respondo á usted en cuanto á lo primero, que lo que adquiero es porque me agrada, y lo que me agrada no acostumbro á cederlo; en cuanto á lo segundo que me autoriza quien debe, y entraré; y respecto á lo tercero, que aunque soy tal como usted me juzga, no retrocedo en cosas de amores ni le cedo á nadie la vez.

—En ese caso, continuó Eduardo, colocándose delante de la puerta, es necesario que pise usted mi cadáver para que entre en esta casa.

—¡Pues entraré! dijo Alfredo con energía.

—¡Le aseguro á usted que no!

—¡Lo veremos!

Y al mismo tiempo cada cual amartilló una pistola en direccion al pecho de su contrario.

—Apártese usted ó le mataré como á un perro...

—Tire usted, dijo Eduardo cruzándose de brazos.

—Aunque Alfredo rayaba en temerario, se estremeció al notar la impasibilidad de aquel hombre.

—No nos acaloremos tan pronto, dijo con acento glacial que demostraba su valor y cuán acostumbrado estaba á cierta clase de lances.

—Usted dice que no y yo que sí; ¿se halla usted dispuesto á ceder?

—Si usted lo hace...

—¡Jamás!

—Entonces no puedo consentir que usted sea tan infame como el que le envía.

—¡Caballero!

—¡Lo dicho!

—¿Y quién le asegura á usted que no saliese de esta casa cuando usted se imaginó que entraba?

¡Al escuchar aquellas frases un grito de espanto se escapó de la garganta de Eduardo que parecia haber recibido el golpe de muerte.

—¿Qué ha dicho usted? exclamó saltando sobre Alfredo como un tigre.

—Lo mismo que divulgaré en todos los círculos de la sociedad ínterin le mato á usted ó me hace desistir de mi propósito...

—¿Luego usted lo que quiere es un duelo?

—Justamente... solo así podremos arreglarnos...

—Pero el retrato.

—Si usted mata al que lleva muertos en cinco desafíos sus cinco contrarios, de otros tantos pistoletazos, el retrato será de usted y evitará mis palabras, de otra manera es imposible; pero si como es probable, casi seguro, sucede lo contrario, me reiré de usted admirablemente...

—¿Ningun otro medio aceptaría usted que evitara una desgracia?

—¡Bah! no tenga usted miedo, si la vida es polvo; ¡muerto el perro!...

—En ese caso estoy á sus órdenes.

—Dígame usted su nombre y sus señas y le enviaré á usted mis padrinos.

—Gracias, mi nombre no hace al caso y mis señas son las siguientes:

«Dentro de una hora detrás de las tapias del cementerio de San Luis.»

—Comprendo. ¿Y las armas?

—Sable ó pistola.

—Usted dirá.

—Lo segundo...

—Convenido, y en ese caso voy á buscar mis padrinos, ¿pero usted no se vá?

—Si usted no se queda...

—No, volveré cuando haya enviado á usted á la eternidad...

Alfredo se alejó y Eduardo permaneció pensativo.

—¡Oh, dios mio! ¡Dios mio! perdonadme; murmuraba con voz ronca; si muero arrastraré al sepulcro dos existencias; la tuya, ¡pobre

madre mia!... y la tuya, ¡Laura de mi corazón!... ¡Cuán agena estarás de la lucha que destroza mi alma! ¡Quién velará por tí? ¡Ah! Nadie; ¡el mundo sabrá tu deshonra y acaso habrán sido inútiles mis esfuerzos! pero ese hombre, ¡ah es imposible!... entraba, no me cabe duda... tu pureza no ha sido mancillada... tu espíritu reposa tranquilo en brazos del sueño... y entre tanto, yo velo, velo, y tal vez mañana me habrás perdido para siempre... en mi camino solo dos cosas puedo elegir, mi muerte ó tu deshonra y la mia... y Eduardo sacudió la cabeza, se oprimió la frente con

ambas manos como si quisiera apagar la fiebre que le atormentaba, y se arrancó de aquel sitio en que parecía clavarle su mismo dolor... Cruzó calles y plazuelas, hasta llegar á la puerta de su casa, miró repetidas veces á las ventanas, derramó abundantes lágrimas, y poco despues se dirigió al lugar destinado para el duelo.

Amánecia... Las vagas luces del crepúsculo teñían de púrpura las crestas de las montañas y las aves cantaban en los árboles. Todo respiraba vida, alegría, esperanza; el mundo empezaba á sacudir el sueño y alguno que otro

arriero, riendo ó charlando con sus compañeros, aparecía á lo largo del camino sobre una mula que hacia sonar alegremente sus campanillas.

Sin embargo, el viento llevó á los oídos de Eduardo el lúgubre sonido de una campana que en la capital doblaba por el alma de algun difunto. Entonces se postró de hinojos é inclinando su cabeza, comenzó á orar en silencio mientras dos gruesas lágrimas se desprendían de sus ojos.

¿Y crees que es falta de carácter ó de energía? no, lector; pero si recoges tu espíritu y



Don Juan II.

te consideras en ese estado en que el corazón del hombre lucha entre la vida y la muerte, en que una pasión frenética y dulce, te arrastra hácia lo que es el bello ideal de tu fantasía, y al mismo tiempo te atrae la voz de esa otra mujer á cuyo lado has crecido, y que te ha alimentado con su propia sangre, y cubierto con sus ropas, y mecido en sus brazos, y acariciado mil y mil veces; de esa que daría su vida por la tuya y su alma por una expresión cariñosa de tu boca; de esa, en fin, cuya felicidad y cuya recompensa á sus innumerables sacrificios estriba en oírle pronunciar el santo nombre de «madre;» tu frente se inclina también, y tu espíritu, en alas de un sentimiento religioso superior á tu entendimiento, se elevará á Dios en sus oraciones como único astro que puede romper con su clara luz las negras tinieblas en que se envuelve tu cerebro extraviado... Eduardo, con su gran corazón de artista y su imaginación de poeta,

luchaba frente á frente con la sociedad... y el que habia arrostrado mas de una vez el peligro por la mujer amada, el que hubiera espuesto una y cien vidas que tuviera por hacerla feliz, consideraba en este momento la amarga trascendencia de las palabras de Enrique.

Al recuerdo de su madre, sus ojos se anegaban en lágrimas y su corazón parecia salirse del pecho en fuerza de sus latidos, pero el sentimiento de su honor, las absorbía y secaba haciéndole permanecer sereno y tranquilo en aquel sitio, donde le era prescindible matar para acallar el grito de la sociedad contra la virtud y la desgracia, ó morir para no escucharles...

Pasados algunos instantes, Eduardo volvió sus ojos hácia el camino á tiempo que un carruaje tirado por dos hermosos caballos avanzaba rápidamente hácia allí.

Se detuvo.

El lacayo abrió la puerta y tres caballeros ves-

tidos de negro se bajaron y rodeando el cementerio se acercaron al sitio en que se hallaba.

Eduardo, que habia reconocido en ellos á Alfredo y al que la noche anterior le acompañaba, los saludó cortésmente.

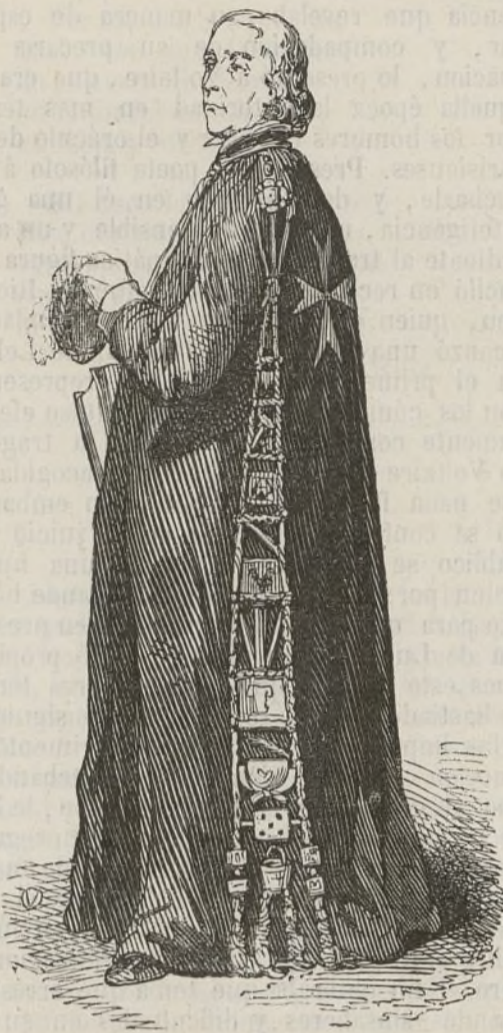
—Ese es, Pablo, dijo Alfredo á su amigo.

—Caballero, aunque este duelo va á verificarse sin las formalidades acostumbradas, desearia saber dónde están sus padrinos para que nos entendiésemos...

—Señor mio, mis padrinos son mi razón y mi conciencia; si su abijado de usted accede á las súplicas de un hombre honrado y me da las satisfacciones debidas, yo estoy pronto á retirarme; pero si no, mi honor me dice que debo permanecer aquí hasta el desenlace...

—Cuando vengo á estos sitios, dijo Alfredo poniéndose los lentes con insolencia, es porque la razón me asiste, y me hallo dispuesto á sostener lo que digo, pero nunca á ceder el campo á mis contrarios.

—Pero sepamos al menos las causas...
 —Hoy por hoy está vedado el saberlas, aun á vosotros mismos, queridos; mañana, es decir, cuando este caballero no exista...
 —Señor don Alfredo, no perdamos tiempo; está visto que uno de los dos estorbamos en el mundo, y puesto que así es, estoy completamente á sus órdenes.
 Mientras uno de los dos padrinos cargaba las pistolas, el otro se preparó á medir la distancia, y preguntó:
 —¿A cuántos pasos?
 —A veinte, á diez, á uno si usted quiere, dijo Eduardo con voz dulce y tranquila.
 En seguida se echaron suertes á ver quién tiraba primero, y le tocó á Alfredo.
 Una sonrisa de triunfo vagó en sus labios, y los padrinos se miraron y miraron alternativamente á Eduardo, como quien dice: «es hombre muerto.»
 Este se encogió de hombros, y cruzándose de brazos tomó la pistola de arzon que le alargaban y fué á colocarse en el punto designado.
 Alfredo hizo otro tanto.
 De uno á otro mediarían treinta pasos próximamente.
 Hecha la primera señal por los padrinos, Alfredo amartilló su pistola, estendió el brazo con singular sangre fría y lentitud; esperó un momento.
 —Tire usted, le dijo Eduardo con la mayor serenidad y dulzura.
 —¡Qué lástima! ¡tan joven! murmuraron los padrinos.
 Y al mismo tiempo se oyó una fuerte detonación.
 Alfredo arrojó al suelo la pistola y se mordió los dedos hasta hacerse sangre.
 La bala había atravesado de parte á parte el sombrero de Eduardo, que permaneció impassible y sonriendo.
 —La suerte, dijo con amabilidad, no ha querido complacer á usted en esta ocasion; con todo, si usted se retracta de lo dicho hemos concluido.
 —Ni me retracto, ni pierdo las esperanzas de matar á usted.
 —Entonces....
 —Ya estoy, no perdamos tiempo.
 —Usted lo quiere, dijo Eduardo, y con extraordinaria rapidez y maestría alzó el brazo y tiró del gatillo.



Trage de los primitivos maestros de Calatrava.

Instantáneamente Alfredo se llevó las manos á la cabeza y cayó desplomado como un tronco.
 Interin los padrinos permanecían horrorizados, Eduardo soltó el arma, y con sus generosos instintos corrió y se acercó á Alfredo sin ver en él al obstinado rival que tanto perjuicio le causara, sino al hermano que necesitaba de sus auxilios.
 —¡Ha muerto! murmuró Pablo con desesperacion, inclinándose sobre el exánime cuerpo de su amigo, de cuya cabeza manaba la sangre á torrentes.

—Aun no, dijo el desconocido, pulsándole.
 —Pero ¿dónde le llevaremos?
 —¡Qué hacer!
 —Si permanecemos aquí, es posible que se desangre.
 —Señores, mi casa está próxima y allí, si ustedes quieren, podrá recibir los últimos auxilios.
 —No dará tiempo.
 —Pero usted....
 —Nada hay que temer.
 —Caballero, su generosidad y buen corazon alejan todo rencor de nuestra parte, y si no temiésemos molestarle...
 —¡Oh! nunca; lo primero... es lo primero, señores...
 —Dice usted bien; en ese caso aceptamos el sincero ofrecimiento de usted.
 —Procuremos, pues, colocarle el carruaje lo mejor posible, y entrar con cuidado en la capital para ocultar lo sucedido...
 —Es inútil; pues si como criminal se me persiguiera, yo mismo me presentaría á los tribunales... mi conciencia no me acusa... he hecho lo que debia, por mas que repugnara á mis naturales instintos... si él hubiera cedido, este lance no tuviera jamás tan tristes consecuencias.
 Y diciendo esto, Eduardo levantó el rígido y helado cuerpo de Alfredo, ayudado de Pablo y lo condujeron al carruaje, mientras el desconocido les precedia sosteniendo entre sus manos la cabeza.
 Media hora despues el carruaje se detenia delante de la casa del pintor, entrando en la acera y aproximándose tanto á la puerta, que ocultaba su entrada por completo.

(Se continuará.)

FRANCISCO DE PAULA ENTRALA.

DON JUAN II.

Don Juan II, rey de Castilla, fue hijo de Enrique III, y nació en 1405, y murió en 1454. Sucedió á su padre en 1406, bajo la tutela de su madre Catalina y de su tío Fernando. Habiendo sido este elegido rey de Aragon y muerto poco despues, así como la reina Catalina, continuó gobernando el mismo consejo que ésta tenia, y cuando el joven rey empuñó las



Pagoda de las rocas.

riendas del gobierno, nombró para su consejo los mismos que lo habían sido de su padre. La privanza de don Alvaro de Luna empezó á esparcir el descontento, y una noche el rey fue arrebatado por los infantes Juan y Enrique de Aragon, que le condujeron á Avila; pero pudo fugarse, y formó causa á los rebeldes á quienes sin embargo perdonó en 1425. Estos volvieron á tomar las armas, y arrastraron á la lucha á los reinos de Navarra y Aragon, obligando por fin al rey á desterrar al condestable. Pero como á esto siguiesen grandes exigencias por parte del rey de Navarra, y del partido enemigo del condestable, que tenía al rey como cautivo sin dejarle la menor libertad en sus acciones, llegó por fin á estallar una lucha en la que el rey de Navarra fue derrotado en la batalla de Olmedo, muriendo en ella el infante Enrique, y siguiéndose desde luego la vuelta del condestable al poder. Este llegó por último á indisponerse con el mismo Enrique, príncipe de Asturias, y con su madrastra Isabel de Portugal, á quien había casado con Juan II, la cual á fuerza de asediar á su esposo le arrancó una orden de prision contra don Alvaro, siendo este juzgado y decapitado en Valladolid en 1453. Tantas luchas y penalidades habían acibarado la vida del rey, y ocasionaron su temprana muerte al año siguiente de la de su favorito. Su debilidad para el gobierno no le impidió poseer mucho valor y pericia militar, ganó muchas victorias á los moros de Granada; estableció una guardia real, y planteó un ejército permanente. Favoreció el estudio del derecho, publicó leyes y reformas útiles, y dispensó mucha protección á las artes y á las letras. De su primer matrimonio con María de Aragon dejó á Enrique IV el Impotente; y del segundo con Isabel de Portugal á Isabel la Católica y al infante Alfonso.

ACTORES CELEBRES.

LEKAIN.

El 14 de abril de 1728 nació en París Enrique Luis Lekain de padres de humilde condicion y escasos de fortuna, quienes lo dedicaron á un arte mecánico llegado que hubo á la edad competente para ello, con el fin de que se ganara la subsistencia. No tardó el joven Lekain en abandonar aquel oficio, para entregarse libremente á una decidida vocacion por el teatro que en él se había despertado. Falto de los recursos con que comprar diariamente el billete de entrada, se ofrecia á servir á los actores mas reputados de los diferentes teatros de aquella capital, sin otra retribucion que el permiso de verles representar al lado de los despaviladores y demás dependientes, á quienes tambien ayudaba en sus obligaciones. Cuando, terminada la funcion, se volvía á su casa, donde era recibido por sus padres con fuertes reprimendas y no pocas veces con azotes, se retiraba á su miserable cuarto donde repetía frases, versos y aun monólogos, si alguno retenia en su memoria, de las tragedias que había visto representar. La naturaleza no había sido con él muy generosa en cuanto á belleza física, pues poco de agradable presentaban su figura ni sus facciones, que al parecer le alejaban la idea de presentarse al público, cuyo severo tribunal falla de ordinario y fija comunmente su opinion mas bien por lo que ve que por lo que aconsejan el sentimiento y la razon. Por esto no era fácil presagiar el porvenir que le aguardaba. Mas como nunca falta una casualidad por la que llegan á traslucirse los grandes hombres ó á darse con los grandes descubrimientos, la que anunció la aparicion de aquella brillante estrella de la escena francesa, estuvo en que siendo sorprendido el joven Lekain por uno de aquellos actores á quienes servia de doméstico, en el acto de recitar á solas un monó-

logo de Corneille, admirado de la inteligencia que revelaba su manera de expresar, y compadecido de su precaria situacion, lo presentó á Voltaire, que era en aquella época la autoridad en mas tenida por los hombres de saber y el oráculo de los parisienses. Prestóse el poeta filósofo á escucharle, y descubriendo en él una gran inteligencia, un corazon sensible y un alma ardiente al través de su antipática figura, no vaciló en recomendarlo al duque de Richelieu, quien en virtud de tal recomendacion alcanzó una orden para que saliese Lekain en el primer teatro francés á representar con los cómicos del rey. Presentóse efectivamente con el papel de Tito en la tragedia de Voltaire titulada *Bruto*, y su acogida no fue nada favorable. Voltaire, sin embargo, no se confesó equivocado en su juicio y el público se engañaba. Obtenida una nueva orden por la solicitud de este grande hombre para que Lekain representara en presencia de Luis XV; la suerte le sonrió propicia, pues este rey, á quien los placeres tenían ya hastiado, y poco sensible por consiguiente á las impresiones del alma, experimentó tal emociion en ella viéndole y escuchándole, que al concluirse la representacion, le hizo decir: «Es el único actor que ha conseguido hacerme derramar lágrimas.» Desde aquel momento fue ya contado Lekain en el número de los cómicos del rey. Cayeron luego sobre él disgustos, ó envidias y tribulaciones; pero él no ignoraba que tenía que arrostrar grandes sinsabores y dificultades en su espinosa carrera, y supo vencer con una perseverancia admirable. Los defectos ajenos á su voluntad y propios de su naturaleza, logró dominarlos, ocultándolos por el arte, y llegó á elevarse á tal estimacion su mérito, que cada paso era un triunfo, y no había autor que no deseara que Lekain tomase parte en sus obras. Tan simpático y admirable le había hecho su talento, que no se le encontraba defecto alguno sobre la escena, y en algunos pasajes de *Tancredo* ó de *Orosman* se oia con frecuencia esclamar á las mujeres refiriéndose á Lekain «¡Oh qué hermoso es!» Y era que Lekain se transformaba por completo en el héroe ó la víctima, y el espectador no veía en él mas que á *Orosman*, á *Tito* ó á *Tancredo*. Tal es el secreto de la ciencia del actor; hacer desaparecer al hombre mostrando al personaje. Y como el llegar á poseerlo es muy difícil, de aquí el que sean tan pocos los Lekain, los Garrick, los Maizez y los Talmas. Lekain sentía y hacia sentir; lloraba ó reía, y obligaba al espectador á llorar y á reirse con él. Refiérense algunos hechos muy nobles y filantrópicos de este eminente actor que demuestran la bondad de su corazon y que tenían no poca parte en la popularidad que alcanzó contribuyendo por la gratitud que promovian al entusiasmo que su presencia producía. Vamos á citar uno de aquellos hechos para dar fin á estos apuntes biográficos sobre el célebre trágico del pasado siglo, cuyo fallecimiento verificado el 8 de febrero de 1778, á consecuencia de una calentura inflamatoria que le arrebató á la escena en pocos dias, dejó sin su mejor intérprete las obras de los dramáticos franceses mas notables, hasta la aparicion de Francisco José Talma.

Vamos al hecho.

En época en que celebraba uno de los pueblos de Francia su feria anual, se encontraba de paso en él el célebre actor de que nos ocupamos, y eran las representaciones teatrales una de las fiestas que había. Una tarde, poco antes de principiar la funcion, vióse al pobre director del teatro correr en todas direcciones, y sin saber á qué santo encomendarse, porque el primer actor de aquella ambulante compañía se le había fugado y no era posible darle alcance. El pobre director se encontraba con los gastos hechos; vendida y recogida toda la en-

trada, y se iba á ver obligado á tener que devolverla, y acaso, acaso á perder mas, si el público se llegaba á impacientarse, no pudiendo ejecutarse la funcion. Llega esta desgracia á oídos de Lekain cuando estaba ya á punto de partir y detiene su marcha para dirigirse al teatro pidiéndole permiso para reemplazar al fugitivo. El acongojado jefe de aquel teatro al aire libre, cree por el momento que es un nuevo peligro que va á correr, pues no conociendo personalmente á Lekain, de su semblante, poco agradable, nada bueno se promete, pero accede por fin obligado por la necesidad. Comienza la representacion y el célebre actor domina cuanto le rodea: el director, estático, no sabia lo que le pasaba; los espectadores aplaudian sin cesar y con el mayor frenesí, y los pobres cómicos llegaron á creerse inspirados, y sentían y hacían sentir á su vez. Concluida la funcion, todos pedían el nombre del actor, y el director, llorando de entusiasmo y gratitud, le buscaba por todas partes para espresarle su reconocimiento por haberle salvado su honor y sus intereses. Todos pedían al actor desconocido, y el actor desconocido se había eclipsado. Por fin, una mano estraña puso en la del feliz empresario, un billete que decía: «Recibid esos cien escudos en premio de haberme dejado representar esta noche en vuestro teatro.—Lekain.» Lanzóse el director en su busca, se dispuso una ovacion, pero inútilmente todo. Lekain había partido.

L.

LA PIEDRA FILOSOFAL.

Con el pincel de los años,
en el cuadro de mis dias,
pinté con signos estraños,
ilusiones, desengaños,
y placeres y alegrías.

Ciego al mundo me lancé,
tras un fantasma corré,
aun padeciendo gocé,
y en esperiencia gané,
lo que en ventura perdí.

Que hay una edad de bonanza,
de continuo devaneo,
que rica á la mente lanza
cada dia una esperanza,
y á cada paso un deseo.

Edad de virtud preclara
que á la fortuna provoca
de sus ensueños avara,
con la frescura en la cara,
con la sonrisa en la boca.

Edad de amor y arrogancia
que al fuego fátuo asemeja,
y se agita sin sustancia;
edad que toca á la infancia,
y de la infancia se aleja.

Que desea cuanto ve,
y á cuanto se eleva aspira,
y al fin, mártir de su fe,
cae del pedestal en qué
despierta, sueña y delira.

Nuestros antiguos varones
en las pasadas edades,
gozaron de sus ficciones,
con muchas mas ilusiones,
y tambien mas realidades.

Nosotros si la gozamos,
con rapidez la perdemos,
y su ausencia no lloramos,
porque apenas la gozamos
si acaso la conocemos.

Hubo un tiempo mas dichoso
—quizá para nuestro mal,—
en que buscaba afanoso
el hombre, del bien ansioso,
la piedra filosofal.

Y aunque ese tiempo pasó,
para nunca mas tornar,
á alguno conozco yo,
que asaz la piedra buscó
y la hubo al fin de encontrar.

Visitó los no estudiados
climas y usos diferentes,
que se encuentran dilatados,
desde los mares helados
hasta los llanos ardientes.

Se adormió en su edad pasada,
bajo las espesas brumas
de la selva y la enramada;
y hoy su lecho y almohada
de encaje son y de plumas.

De las tiendas de campaña,
durmió en el estrecho espacio,
y fue su fortuna estraña,
pues nació en una cabaña,
y hoy habita en un palacio.

De la vida en el camino
yo á quel viajero encontré,
y entre curioso y ladino,
de lo vario de su sino
la causa le pregunté.

«La causa, me respondió,
no es un misterio, y no fundo
en ella mi orgullo, no;
la causa la encuentro yo
sosteniendo á todo un mundo.

Donde existe no hay pobreza,
que es el trabajo en sustancia
la causa de mi grandeza,
la base de la riqueza,
la llave de la abundancia.

Fuí mas que pobre, indigente,
mas no mis esfuerzos vanos
fueron, pues honradamente,
con el sudor de mi frente,
pan amasaron mis manos.

Sin descanso he trabajado,
y la pobreza he sufrido,
pero ya estoy compensado,
pues si es cierto que he luchado
cierto es tambien que he vencido.

Para el que bien lo conciba,
«economía y trabajo,»
son vientos que hacen reviva,
y llegue rápido arriba
el que antes estuvo abajo.

Que todo pueblo ilustrado
que ser feliz ha querido,
en todo tiempo y estado,
al trabajador ha honrado,
y al trabajo ha protegido.

Fue la antorcha de la fe
que me alumbró; sin caudal,
ni descanso trabajé,
y en el trabajo encontré
la «piedra filosofal.»

Tal me dijo aquel viajero
que en mi ruta tropecé;
si me respondió sincero
y su aserto es verdadero,
confieso que no lo sé.

Y sin embargo, he notado
que el trabajador ha sido
en todo tiempo y estado,
por unos tan respetado
como por otros querido.

Por eso desde aquel dia
grabé con signos estraños
de placer y de alegría,
en el dintel de mis años,
«trabajo y economía.»

Ellos son la verdadera
base del bien y el caudal;
«trabaje, pues, el que quiera
encontrar en su carrera
la Piedra Filosofal.»

AURELIANO RUIZ.

ASIA.

RECUERDOS DE VIAJE.

La pagoda de las rocas es una de las mas notables que se encuentra en la ciudad de Ragua del Imperio de los Birmanes... En este imperio, que ofrece espectáculos de los que no se puede en Europa formar idea, la naturaleza se muestra diferente de sí misma sin ser por eso menos bella ni brillante. La pagoda surge en medio de aquellos pintorescos paisajes; domina el país, y desde ella se descubren las montañas de Martaban que limitan el horizonte al Noroeste. Los valles están dispuestos casi todos para el cultivo del arroz. Al Sudoeste y al Oeste del rio, cuyos circuitos tienen muchas millas de diámetro, hay grandes pastos, limitados por un inmenso bosque. La tierra es gruesa y colorada en los valles y además arenosa en las partes mas elevadas. Su base es una reca del mismo color, que debe haber experimentado la accion de algunos volcanes, y los experimentos hechos con ella prueban su friabilidad. En las capas superiores se la encuentra reducida al estado de casquijo, demostrando el análisis que contiene en grandes proporciones principios ferruginosos. Los caminos principales no están bien conservados; pero seria fácil hacerlos tan seguros como cómodos. Las huertas cercanas á la ciudad ofrecen terrenos agradables, propios para recibir todo género de construcciones. El aire es saludable, y moderado el calor.

Los naturales son, sin escepcion, fuertes y robustos, y los extranjeros, lejos de perder su salud en el país, la recobran si van allí enfermos: la salubridad del clima es, pues, incontestable.

A.

EL COCO.

TRADUCCION DE PAUL DE KOCK.

¿Quereis ver á los niños temblar y ocultarse detrás de los vestidos de su mamá, ó envolverse entre el delantal de la criada? ¿Quereis ver á los que han sido golosos, obtinados ó perezosos corregirse y trasformarse en sumisos y juiciosos? No tenéis mas que pronunciar delante de ellos una palabra de mágico efecto. — ¡El Coco!! Con esta palabra hareis de ellos cuanto gustéis; pues tiemblan al solo nombre de este ser terrible.

¿Quién es, pues, este personaje espantoso? ¿Existe acaso? — ¡Vaya si existe! Solo se trata de aplicar este nombre al ser que mas miedo nos infunda. No nos burlemos de los niños: lo mismo que ellos en el curso de nuestra vida, todos tenemos un *Coco* á quien temer.

¿Por qué estos jóvenes tan amables, tan locos y aturdidos, que jamás calculan sus gastos, sobre todo cuando se trata de diversiones, no contestan cuando por la mañana llaman á su puerta? ¿Por qué en la calle revuelven bruscamente á riesgo de llenarse de lodo? ¿Por qué se obstinan en no pasar por una plaza determinada? — ¿No lo adivináis? — Es que por la mañana el sastre les hace una amable visita acompañando la cuenta; es que por la calle han atisvado desde lejos á su antiguo zapatero: es que en la plaza tal vive un fondista

con quien no quieren hallarse. ¡Para los tronados cada acreedor es un Coco!!

La señora está indispueta; tiene vahidos, jaqueca, y los nervios le molestan mucho; hace salir á su esposo invitándole á que dé un paseo, pretestando que desea quedar sola. El señor sale, anunciando que luego volverá. Apenas ha pasado la puerta, la doncella introduce á un elegante jóven cuya entretenida conversacion es preciosa para disipar la jaqueca y mal de nervios; pero como es conveniente que no se vea interrumpida, la señora encarga á la muchacha que aleje á los importunos, y sobre todo le advierta la llagada del señor. La fiel sirviente se pone en acecho. — ¿A quién espía? — Al *Coco*.

Un acomodado tendero escoge el domingo en que su mujer come en casa de una parienta para sacar á paseo á una linda morenita que solo puede disponer de los dias de fiesta, y al lado de la que se hace pasar por solteron. A pesar de que está seguro de que se aleja del barrio en que está su mujer, el pobre hombre palidece cada vez que ve un manton blanco y un vestido azul. — Es el traje de su *Coco*. Se esfuerza por ser amable y galante con su cortejo, pero el miedo que le infunde el *Coco* no le deja tranquilo. Salen estramuros, atisva con precaucion antes de entrar en una calle de árboles... De repente tiembla como un azogado, deja escapar un grito, abandona el brazo de su pareja y aprieta á correr. — Acaba de ver el *Coco* á pocos pasos de sí.

Este jóven es un poeta, autor de una comedia nueva que se estrena hoy. La esperanza le reanima porque sus amigos acudirán al teatro. Levantan el telon: al principio va bien; despues mal, y por fin mucho peor... ¡Qué ruido! ¡qué alboroto! ¡qué silbidos!... el pobre autor escapa tapándose los oídos... todo el patio estaba lleno de *Cocos*.

A la edad de cuatro años el *Coco* es un hombrachon muy feo que se come á los niños; á los veinte, un acreedor; á los treinta, una mujer celosa; á los cuarenta, los cabellos que empiezan á encanecer; á los cincuenta, la gota y el reumatismo; á los sesenta, el miedo de morir; y algo mas tarde, la muerte misma que se parece bastante al hombre negro que nos asustaba cuando niños, y que bajo diferentes formas nos ha perseguido toda la vida.

FRANCISCO FIGUERAS.

LA VERDAD.

Aunque soy algo indiscreto,
dime la verdad, lector,
pues juro, á fe de hablador,
que he de guardarte el secreto;
y si tu risa provoca
mi dicho por necedad,
ve que amarga la verdad
para guardarla en la boca.
Esto hablado sumo y sigo
aun cuando sigo y no sumo,
pues siempre ha pasado en humo
lo que sumo y lo que digo:
de tan dura ley reniego,
aunque pienso en conclusion
que hay fuego en mi corazon
por lo del humo y el fuego...
Mas dejemos necedades
indignas lector de tí,
que yo te he llamado aquí
para que digas verdades,
y no es bien que si á mis puertas
diciendo verdades tocas,
te hable de esperanzas locas
ni llore ilusiones muertas.

Dí, pues: ¿no es cierto lector
que si alabo con empeño,
la bella imágen de un sueño,
me apellidas *soñador*?
¿Que si con grato donaire
busco acendradas pasiones
dices «sus aspiraciones



El tigre y el cocodrilo.

son castillos en el aire?»
 ¿Que es el amor para tí
 corto y liviano placer,
 y que á tu propia mujer
 pides virtud... porque sí?
 ¿Que cuando en trémulo cántico
 sobre mi dolor medito,
 arrojas mi pobre escrito
 y te enojo por romántico?
 ¿Que es opinion general
 en el mundano vaiven,
 si tienes dinero bien
 si falta dinero mal?
 ¿Y no es cierto, en conclusion,
 que con empeño irritado
 tú y todos habeis borrado
 la fe de mi corazon?...
 Pues entonces ¿por qué muda
 inclinas hoy la cabeza,
 cuando con noble franqueza
 nuestro la verdad desnuda?
 ¿Por qué tu pudor repara
 que á su afan no me acomodo,
 cuando te devuelvo el lodo
 que me arrojaste á la cara?
 Si la tuya enrojecida
 mi verdad desnuda vé,
 vístela, que yo no sé,
 ó dame mi fe perdida.
 Mas no esperes que el anhelo
 de tu hipocresía alabe:
 rompiste la pluma de ave
 que me remontaba al cielo,
 y en el mundano arsenal
 solo para hablarte he hallado,
 plumas de acero afilado
 fiel trasunto del puñal.

MANUEL VALCÁRCEL.

MADRID AL VUELO.

El verano se marcha. Vaya con Dios. Con él volarán sin duda muchos recuerdos; pero el invierno los borrará con la animación que infunde y la actividad que imprime para el trabajo. Ante el cristal de nuestra imaginación vemos deslizarse como por un cuadro disolvente, la audaz locomotora que atravesando los

Pirineos ha estrechado mas y mas nuestras relaciones con el vecino imperio: vemos la multitud de bañistas que se ha despedido hasta la siguiente temporada, en Biarritz, Panticosa, Alhama, etc., y aun no hace ocho dias que hemos estrechado la mano de los que volvieron de Trillo y del Molar: en este tiempo la literatura ha dormido su larga siesta; los editores han hecho acopio de originales; los pollos han paseado por los jardinillos del Príncipe Alfonso, y los caballos de los grandes y de los banqueros han hollado el elegante paseo de la Fuente Castellana. El Tato, Cúchares, el Gordito, etc., han lucido sus habilidades taurinas y Robert y Newcombs han demostrado evidentemente que si son diez leones los que domestican ellos valen lo menos por catorce..., ambos son intrépidos, valientes, impasibles ante el peligro ó las garras de una leona; pero el primero ante todo ha causado nuestra mas estraña admiración. Es jóven, alto, simpático, de fisonomía dulce y afable; de ojos grandes; cabello bronco y erizado; frente alta pero chata como la de la pantera, y musculatura flexible como el acero; su temeridad raya en la locura; la vibración metálica de su voz críspala en los supremos momentos de la lucha, y su rostro cobrizo y melancólico con el de todos los hijos de Africa, es hasta el último instante espejo de la sangre fria de su espíritu. Interin ellos han recogido justísimos aplausos, Mr. Serrate ha lucido con no mucha fortuna sus habilidades en la plaza de Toros. Price ha abierto las puertas de su pintoresco jardín á los amantes de Terpsícore y aun Talía ha asomado las narices bajo la forma de los hermanos Conrad. Los Campos Elíseos desanimados en un principio, con su palomar por teatro como ha dicho mi mejor amigo, y su bosque microscópico, han recobrado su animación, ó por mejor decir, la han adquirido, siendo hoy el solaz de los madrileños en las noches de concierto. La ría continúa sin novedad esperando alguno que otro individuo á quien bañar con sus ondas cristalinas; la montaña siendo el encanto de la gente jóven (y aun vieja) ávida de emociones; el café haciendo su agosto á pesar de hallarnos en setiembre, y de igual manera que cuando estábamos en julio, y la casa de baños construida con materiales de cal y canto, que le impide revelar á cuantos les visitan las histo-

rias extraordinarias y no de Edgardo Poé, que habrán tenido lugar en su jardín. Entre tanto el Prado, á quien como á todos ha llegado este año su San Martín, llora amargamente el olvido de sus transeuntes y mira con envidia la vecindad.

En el centro de la corte no ha ocurrido que sepamos nada de particular. S. M. han estado en la Granja; los ministros la han acompañado como de costumbre, y la ley de imprenta vigente ha puesto en la cárcel á un distinguido escritor ¡¡.....!!

En libros se ha publicado *Tentativas literarias* de Santos Alvarez, y la *Mujer [adúltera]*, lindísima novela de Escrich.

La Puerta del Sol ha sido como siempre el centro de los vagos y de los bolsistas; pero ahora lo será tal vez de los estudiantes que por sus esquinas esperan á las modistas al anocheecer. Despues de esto... nada... digo mal. Setiembre ha venido á visitarnos, y su sola presencia ha bastado para que se abran los teatros del Circo y Jovellanos, el primero corregido, hermosado y adornado con una compañía á cuyo frente se halla el señor Obregon. En el otro tenemos á Ceferino Guerra, Calvo, don José, y su hijo don Rafael que es una de las mas legítimas esperanzas de la escena. Allí tenemos tambien á Mario, cuyas dotes son harto conocidas del público. La primera producción titulada *Vi y vencí* puede muy bien llamarse *Cegué y perdí*, porque es bastante floja. *Cadenas de oro* ha alcanzado un éxito regular, y la música escede en mérito al libreto, original de los señores Larra y Navarrete. Tales son las novedades que hay hasta el dia, con lo cual me despido de vosotros.

ROBERTO.

GLORIA Y AMOR.

(NOTAS DE MELANCOLÍA.)

Con cifras de fuego grabó en mi memoria
 su historia
 el dolor:

¡Fugaces pasaron mis sueños de gloria!
 ¡Fugaces pasaron mis sueños de amor!

I.

El sol de mi dicha traspuso al ocase,
 la noche de duelo tendió su capuz;
 cercado de sombras camino al acaso,
 faltando á mi paso
 la vida y la luz.

II.

Del tiempo pasado la dicha se advierte
 si el dulce recuerdo del bien nos dejó:
 del tiempo que pasa, yo envidio la suerte:
 ¡la dicha en la muerte
 tambien busco yo!

III.

Cual náufrago triste, del mar en la vida,
 con lágrimas riego mi pálida faz;
 crucé de los goces la senda florida:
 ¡la dicha perdida
 no vuelve jamás!

Con cifras de fuego grabó en mi memoria
 su historia
 el dolor:

¡Fugaces pasaron mis sueños de gloria!
 ¡Fugaces pasaron mis sueños de amor!

AURELIANO RUIZ.

Por todo lo no firmado J. GASPAS.
 Editor responsable, Fernando Gaspar.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 dias despues de su publicación.

PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Librería de Gaspar y Roig, Príncipe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Cármen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 31; Duran, Carrera de San Geronimo; Dochao, calle de Jacometrezo, 65, y en la Publicidad, pasaje de Matheu.

En Provincias, Estranjero y Américas en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.